

JEROME BRUNER

Actos de significado

MÁS ALLÁ DE LA REVOLUCIÓN COGNITIVA

Traducción de
Juan Carlos Gómez Crespo y José Luis Linaza

ALIANZA EDITORIAL

Título original:

Acts of Meaning

Traductores:

J. C. Gómez Crespo (prefacio, caps. 1, 2 y 4) y José Luis Linaza (cap. 3)

Primera edición: 1991

Tercera edición: 2006

Quinta reimpresión: 2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© by the President and Fellows of Harvard College. All rights reserved, 1990

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 1995, 1998, 2000, 2002, 2005, 2006,

2009, 2015, 2018, 2023, 2024

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-4812-5

Depósito legal: M-25.947-2009

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Carol

ÍNDICE

PREFACIO.....	11
AGRADECIMIENTOS	17
1. EL ESTUDIO APROPIADO DEL HOMBRE.....	21
2. LA PSICOLOGÍA POPULAR COMO INSTRUMENTO DE LA CULTURA.....	51
3. LA ENTRADA EN EL SIGNIFICADO	81
4. LA AUTOBIOGRAFÍA Y EL YO.....	109
NOTAS.....	145

PREFACIO

Los libros son como cimas de montañas que sobresalen del mar. Aunque parezcan islas independientes, son en realidad estribaciones de una geografía subyacente que es, al mismo tiempo, local y parte de un patrón universal. De esta manera, aunque es inevitable que los libros sean reflejo de un tiempo y un lugar determinados, forman parte de una geografía intelectual más general. Este libro no es una excepción.

Lo he escrito en un momento en que la psicología, la ciencia de la mente, como William James la llamó en una ocasión, ha llegado a fragmentarse como nunca antes en su historia. Ha perdido su centro y corre el riesgo de perder la cohesión necesaria para asegurar que se produzca ese intercambio interno que podría justificar la división del trabajo entre sus partes. Y las partes, cada una con su propia identidad organizativa, su propio aparato teórico y, a menudo, sus propias revistas, se han convertido en especialidades cuyos productos son cada vez menos exportables. Demasiado a menudo, las partes se encierran en su propia retórica y se aíslan en su propia parroquia de autoridades. Se corre el riesgo de que, con este autoencierro, cada parte (y el agregado

que constituye la totalidad de la psicología, cada vez más parecido a una especie de centón o jarapa) se encuentre cada vez más lejos de otras investigaciones dedicadas a la comprensión de la mente y la condición humana: investigaciones pertenecientes al campo de las humanidades y otras ciencias sociales.

Puede que existan buenas razones para lo que ha ocurrido; quizá incluso sea reflejo de un «cambio de paradigma» en las ciencias humanas. El lado «biológico» de la psicología ha abandonado su viejo cuartel general para unir sus fuerzas con las neurociencias. Las «ciencias cognitivas», de nuevo cuño, han absorbido a muchos de aquellos que antes trabajaban en las viñas de la percepción, la memoria o el pensamiento, que ahora se conciben como variedades de «procesamiento de información». Estos nuevos alineamientos pueden ser para bien; podrían aportar un vigor teórico nuevo e inesperado a la tarea de comprender al ser humano.

Pero, a pesar de las particiones y la fragmentación que parecen estar produciéndose, no creo ni que la psicología esté llegando a su fin ni que esté eternamente condenada a vivir en provincias segregadas. Ya que la psicología como empresa es muy anterior a su conversión «oficial» en un conjunto de divisiones autónomas. Sus grandes temas e interrogantes aún están vivos. La fundación, en 1879, del laboratorio de psicología «experimental» de Wundt en Leipzig no eliminó estos interrogantes. Se limitó a revestirlos de ropajes nuevos: el «nuevo» estilo positivista, tan caro a los corazones de nuestros precursores de finales del siglo XIX. El propio Wundt, en sus últimos años, reconoció hasta qué punto el nuevo estilo de «laboratorio» podía ser restrictivo y, al proponer su «psicología cultural», nos exhortó a abrazar un enfoque más histórico e interpretativo para entender los productos culturales del hombre.

Los psicólogos actuales obtenemos todavía un generoso sustento de nuestro distante pasado prepositivista: Chomsky reconoce su deuda con Descartes, Piaget no puede concebirse sin Kant; ni Vygotsky sin Hegel o Marx; y lo que un día fuera formidable bastión de la psicología, la «teoría del aprendizaje», se construyó sobre los cimientos que había puesto John Locke. Si los seguidores de Freud hubieran conseguido liberarse del modelo de la «bioenergética», que era el aspecto más superficial de su teoría, la estatura teórica del psicoanálisis

habría seguido creciendo. La revolución cognitiva, más reciente, habría resultado inconcebible en ausencia del clima filosófico de su tiempo, sobre el que se sustentaba. Y, ciertamente, si echamos un vistazo más allá de las fronteras de la psicología «oficial» a nuestras disciplinas hermanas de las ciencias sociales, nos sorprenderá el renovado y vivo interés actual por cuestiones clásicas planteadas durante el siglo que siguió a la fundación del laboratorio de Leipzig por hombres como Peirce y Nietzsche, Austin y Wittgenstein, Jakobson y De Saussure, Husserl y Cassirer, Foucault y Searle.

No tiene nada de extraño, por consiguiente, que se haya producido una reacción contra el estrechamiento y el «encerramiento» en sí misma que aflige a la psicología. La comunidad intelectual más amplia tiende cada vez más a hacer caso omiso de nuestras revistas, que a los legos en la materia les parece que contienen principalmente estudios de poca monta e intelectualmente desubicados, cada uno de los cuales no es más que una respuesta a un puñado de pequeños estudios similares. En el interior de la psicología hay inquietud y preocupación por el estado en que se encuentra nuestra disciplina, y se ha producido ya el comienzo de la búsqueda de nuevos medios para reformularla. A despecho de la ética predominante, favorable a la realización de «estudios pequeños y primorosos», y de lo que Gordon Allport denominó en una ocasión la «metodolatría», las grandes cuestiones psicológicas se están volviendo a formular; cuestiones que atañen a la naturaleza de la mente y sus procesos, cuestiones sobre cómo construimos nuestros significados y nuestras realidades, cuestiones sobre la formación de la mente por la historia y la cultura.

Y estas cuestiones, que a menudo se investigan con más vigor fuera de la psicología «oficial», se están reformulando con la sutileza y el rigor necesarios para producir respuestas ricas y fecundas. Actualmente, sabemos mucho mejor cómo enfocar las grandes comparaciones cuya resolución siempre ha constituido un reto para la psicología. La comparación del hombre y sus precursores en la evolución, el hombre como niño inmaduro y el hombre en plena madurez, el hombre en estado de buena salud y el hombre afectado por la enfermedad mental o la alienación, la «naturaleza humana» expresada en diferentes culturas, y, por supuesto, también la comparación entre el hombre de carne y hueso y las máquinas construidas para imitarlo. Todas y cada una de

estas cuestiones han avanzado cuando nos hemos decidido a formular preguntas sobre temas tan tabú como la mente, los estados intencionales, el significado, la construcción de la realidad, las reglas mentales, las formas culturales, y cosas por el estilo. No cabe duda de que la navaja de Occam, al advertirnos que no multiplicásemos las entidades conceptuales más de «lo necesario», no pretendía desterrar de las ciencias de lo mental a la mente misma. Ni los principios inductivos de John Stuart Mill querían sofocar todas las formas de curiosidad intelectual salvo aquellas que pudieran ser reducidas mediante experimentos controlados.

Este libro está escrito en contra del trasfondo en que se encuentra situada la psicología actual, con sus confusiones, sus dislocaciones y sus nuevas simplificaciones. Le he puesto el título de *Actos de significado* para subrayar su tema principal: la naturaleza de la construcción del significado, su conformación cultural, y el papel esencial que desempeña en la acción humana. El hecho de que escriba un libro como éste justo en este momento no es un capricho autobiográfico, aunque el lector no tardará en darse cuenta de que proyecta mi propia historia como psicólogo, ya prolongada. Pero toda voz individual, como nos ha enseñado Bajtin, está abstraída de un diálogo. He tenido la inmensa fortuna de participar prolongadamente en los diálogos que han formado y reformado la psicología. Lo que voy a decir en los capítulos que vienen a continuación refleja mi punto de vista acerca de en dónde se encuentra situado el diálogo en la actualidad.

Este libro no pretende ser un estudio «exhaustivo» de todos y cada uno de los aspectos del proceso de construcción del significado. Ésa sería, de todos modos, una empresa imposible. Más bien es un intento de mostrar cómo debe ser una psicología que se ocupe esencialmente del significado, cómo ésta se convierte inevitablemente en una psicología *cultural*, y cómo debe aventurarse más allá de los objetivos convencionales de la ciencia positivista, con sus ideales de *reduccionismo*, *explicación causal* y *predicción*. No es necesario tratar estos tres ideales como si fuesen la Santísima Trinidad, porque cuando nos ocupamos del significado y de la cultura, inevitablemente nos movemos en dirección a otro ideal. Reducir el significado o la cultura a una base material, decir que «dependen», pongamos por caso, del hemisferio izquierdo, es trivializar ambos fenómenos al servicio de un concretismo mal entendido. Aferrar-

nos a la explicación en función de las «causas» nos impide intentar comprender cómo interpretan sus mundos los seres humanos y cómo interpretamos *nosotros* sus actos de interpretación. Y si damos por supuesto que el objeto de la psicología (como el de cualquier empresa intelectual) es lograr la comprensión, ¿por qué nos resulta siempre necesario comprender *con antelación* los fenómenos que hay que observar (que es a lo que se reduce la predicción)? ¿No son preferibles las interpretaciones plausibles a las explicaciones causales, sobre todo cuando para lograr una explicación causal nos vemos obligados a artificializar lo que estudiamos hasta tal punto que casi no podemos reconocerlo como representativo de la vida humana?

El estudio de la mente humana es tan difícil, se encuentra tan inmerso en el dilema de ser a la vez el objeto y el sujeto de su propio estudio, que no puede limitar sus indagaciones a las formas de pensamiento que se desarrollaron a partir de la física de ayer. La tarea es tan apremiantemente importante que merece toda la rica variedad de inteligencia y perspicacia que seamos capaces de aportar a la comprensión de lo que el hombre piensa de su mundo, de sus congéneres y de sí mismo. Éste es el espíritu con el que hemos de avanzar.

AGRADECIMIENTOS

Apenas puedo empezar a enumerar a todas las personas e instituciones que han dado forma a este libro. Porque, en muchos aspectos, representan no sólo mis pensamientos más actuales, sino también, por así decir, un «retorno de lo reprimido». Algunas influencias, por consiguiente, se encuentran en el pasado lejano, como las del Department of Social Relations de Harvard, donde, a lo largo de una década que comenzó a mediados de los años cincuenta, me nutrí de la compañía de personas como Clyde Kluckhohn y Gordon Allport, Talcott Parsons y Henry Murray. Era un departamento que tenía un propósito, y todos los meses nos reuníamos en un seminario para intentar desvelar ese propósito: cómo conciliar los puntos de vista sobre el Hombre como individuo particular con los puntos de vista del mismo como expresión de la cultura y como organismo biológico. Las discusiones que sosteníamos aquellos miércoles por la tarde están reflejadas de algún modo en las páginas que vienen a continuación.

Después vino la «Soc Sci 8», Concepciones del Hombre, en la que George Miller y yo intentamos convencer a una generación de estudiantes de Harvard y Radcliffe de que, para conocer al Hombre, hay

que verlo en el contexto del reino animal a partir del cual evolucionó, en el contexto de la cultura y el lenguaje que proporcionan el mundo simbólico en el que vive, y a la luz de los procesos de crecimiento que coordinan estas dos fuerzas tan poderosas. Por aquel entonces habíamos llegado al convencimiento de que la psicología no podía enfrentarse a la tarea por sí sola. Eso nos llevó a desarrollar nuestra propia versión de una ciencia humana interdisciplinaria de Educación General, y durante la mayor parte de la década de 1960, de septiembre a mayo, nos las arreglamos para ir un paso por delante de nuestros estudiantes.

En medio de todo esto se fundó el Centro de Estudios Cognitivos, sobre el cual tendré ocasión de hablar mucho más en el primer capítulo. Si lo menciono aquí, es sólo para reconocer mi deuda a otra comunidad que contribuyó a convencerme (a estas alturas no precisamente en contra de mi voluntad) de que las fronteras que separaban campos tales como la psicología, la antropología, la lingüística y la filosofía eran cuestión de conveniencia administrativa y no de sustancia intelectual.

Y también están esos contertulios vitalicios que constituyen nuestro Otro Generalizado: George Miller, David Krech, Alexander Luria, Bärbel Inhelder, Clifford Geertz, Albert Guerard, Roman Jakobson, Morton White, Elting Morison, David Olson. Y la lista no está completa, porque he dejado fuera a mis antiguos estudiantes: los más recientes, de Nueva York; los primeros, de Harvard; y, en medio, los de Oxford.

Varios amigos leyeron los primeros borradores de este libro y me hicieron sugerencias muy útiles: Michael Cole, Howard Gardner, Robert Lifton, Daniel Robinson y Donald Spence. Les agradezco mucho su ayuda.

Tengo una deuda muy especial con mis anfitriones de Jerusalén que, en diciembre de 1989, me hicieron la vida tan extraordinariamente agradable cuando pronuncié las conferencias que llevan el nombre de «Jerusalem-Harvard Lectures» en la Hebrew University; mi deuda se refiere especialmente al presidente, Amnon Pazi, el rector Yoram Ben-Porath, el profesor Shmuel Eisenstadt y Ms. Liat Mayberg. Las conferencias que pronuncié en Jerusalén dieron lugar al primer borrador de este libro. Pocas veces he hablado a una audiencia tan sumamente implicada y tan bien informada como la que se reunía

aquellas tardes de diciembre en Monte Scopus. Sus comentarios y preguntas marcaron el comienzo de una fructífera revisión. También quiero agradecer sinceramente la subvención de la Fundación Spencer con la que se financió el trabajo en que se basa este libro.

Por fin puedo expresar mi agradecimiento a mi editor, Arthur Rosenthal, que, a lo largo de los años, ha censurado cualquier intento de mencionar su nombre en los prefacios por parte mía y de otros autores agradecidos. Hemos conseguido, por fin, eludir la censura de su lápiz por el hecho de que está a punto de abandonar la dirección de Harvard University Press para pasar a dirigir otros asuntos en otra parte. Arthur Rosenthal, como editor, constituye una recompensa al trabajo tenaz, una forma de vida. Y, por si esto fuera poco, también están las otras figuras en que se encarna la editorial: Angela von der Lippe, siempre animando con su característica habilidad, y Camille Smith, correctora de manuscritos llena de paciencia e imaginación.

He dedicado este libro a Carol Fleisher Feldman, mi esposa y colega. Es algo que no puede sorprender a nadie.

CAPÍTULO 1

EL ESTUDIO APROPIADO DEL HOMBRE

I

Quiero comenzar adoptando como punto de partida la Revolución Cognitiva. El objetivo de esta revolución era recuperar la «mente» en las ciencias humanas después de un prolongado y frío invierno de objetivismo. Pero lo que voy a contar a continuación no es la típica historia del progreso que avanza siempre hacia adelante ¹. Porque, al menos en mi opinión, actualmente esa revolución se ha desviado hacia problemas que son marginales en relación con el impulso que originalmente la desencadenó. De hecho, se ha tecnicalizado de tal manera que incluso ha socavado aquel impulso original. Esto no quiere decir que haya fracasado: ni mucho menos, puesto que la ciencia cognitiva se encuentra sin duda entre las acciones más cotizadas de la bolsa académica. Más bien, puede que se haya visto desviada por el éxito, un éxito cuyo virtuosismo técnico le ha costado caro. Algunos críticos sostienen incluso, quizá injustamente, que la nueva ciencia cognitiva, la criatura nacida de aquella revolución, ha conseguido sus éxitos técni-

cos al precio de deshumanizar el concepto mismo de mente que había intentado reinstaurar en la psicología, y que, de esta forma, ha alejado a buena parte de la psicología de las otras ciencias humanas y de las humanidades².

En breve me extenderé más sobre estas cuestiones. Pero, antes de seguir adelante, quiero explicar cuál es el plan de este capítulo y de los que vienen a continuación. Una vez echada una mirada retrospectiva a la revolución, quiero pasar directamente a hacer una exploración preliminar de una nueva revolución cognitiva, que se basa en un enfoque más interpretativo del conocimiento cuyo centro de interés es la «construcción de significados». Este enfoque ha proliferado durante los últimos años en la antropología, la lingüística, la filosofía, la teoría literaria, la psicología, y da la impresión de que en cualquier parte a la que miremos hoy en día³. Tengo la sospecha de que este vigoroso crecimiento es un esfuerzo por recuperar el impulso original de la primera revolución cognitiva. En capítulos posteriores, intentaré desarrollar este esquema preliminar con algunos ejemplos concretos de investigaciones situadas en las fronteras entre la psicología y sus vecinos de las humanidades y las ciencias sociales, investigaciones que recuperan aquello a lo que me he referido como el impulso originario de la revolución cognitiva.

Para empezar, voy a contarles sobre qué creíamos yo y mis amigos que trataba la revolución allá a finales de la década de 1950. Creíamos que se trataba de un decidido esfuerzo por instaurar el significado como el concepto fundamental de la psicología; no los estímulos y las respuestas, ni la conducta abiertamente observable, ni los impulsos biológicos y su transformación, sino el significado. No era una revolución contra el conductismo, animada por el propósito de transformarlo en una versión más adecuada que permitiese proseguir con la psicología añadiéndole un poco de mentalismo. Edward Tolman ya lo había hecho, con escasos resultados⁴. Era una revolución mucho más profunda que todo eso. Su meta era descubrir y describir formalmente los significados que los seres humanos creaban a partir de sus encuentros con el mundo, para luego proponer hipótesis acerca de los procesos de construcción de significado en que se basaban. Se centraba en las actividades simbólicas empleadas por los seres humanos para construir y dar sentido no sólo al mundo, sino también a ellos mismos. Su meta

era instar a la psicología a unir fuerzas con sus disciplinas hermanas de las humanidades y las ciencias sociales, de carácter interpretativo. Ciertamente, bajo la superficie de la ciencia cognitiva, de orientación más computacional, esto es precisamente lo que ha ocurrido; al principio, con lentitud, y ahora cada vez con más ímpetu. Así, hoy en día, encontramos florecientes centros de psicología cultural, antropología cognitiva e interpretativa, lingüística cognitiva y, sobre todo, una próspera industria de ámbito mundial que se ocupa, como nunca había sucedido desde los tiempos de Kant, de la filosofía de la mente y del lenguaje. Probablemente sea un signo de los tiempos el que las dos personas encargadas de pronunciar las «Jerusalem-Harvard Lectures» del año académico 1989-1990 fuésemos representantes precisamente de esta tradición: el profesor Geertz, en el ámbito de la antropología; y yo mismo, en el de la psicología.

La revolución cognitiva, tal y como se concibió originalmente, venía a exigir prácticamente que la psicología uniera fuerzas con la antropología y la lingüística, la filosofía y la historia, incluso con la disciplina del Derecho. No es sorprendente y, desde luego no fue una casualidad, que en aquellos primeros años el comité asesor del Centro de Estudios Cognitivos de Harvard estuviera compuesto por un filósofo, W. V. Quine, un historiador del pensamiento, H. Stuart Hughes, y un lingüista, Roman Jakobson. Ni que entre los miembros del Centro hubiera casi tantos filósofos, antropólogos y lingüistas como psicólogos propiamente dichos (entre otros, exponentes del nuevo constructivismo como Nelson Goodman). Por lo que se refiere al Derecho, tengo que decir que varios miembros distinguidos de esa facultad acudían ocasionalmente a nuestros coloquios. Uno de ellos, Paul Freund, reconoció que acudía porque le parecía que en el Centro estábamos interesados en cómo afectan las reglas (reglas como las de la gramática, más que leyes científicas) a la acción humana, y, en resumidas cuentas, ése es también el objeto de la jurisprudencia⁵.

Creo que a estas alturas debería haber quedado totalmente claro que lo que pretendíamos no era «reformar» el conductismo, sino sustituirlo. Como dijo algunos años después mi colega George Miller: «Colgamos en la puerta nuestro nuevo credo y esperamos a ver qué pasaba. Todo fue muy bien; tan bien, en realidad, que puede que en última instancia hayamos sido víctimas de nuestro propio éxito»⁶.

Podría escribirse un ensayo absorbente sobre la historia intelectual del último cuarto de siglo intentando averiguar qué sucedió con el impulso originario de la revolución cognitiva, cómo llegó a fraccionarse y tecnalizarse. Quizá sea mejor que la redacción de la historia completa quede para los historiadores del pensamiento. Basta con que ahora nos fijemos en algunos indicadores del camino, los suficientes para que podamos hacernos una idea de cuál era el terreno intelectual sobre el que nos movíamos todos nosotros. Por ejemplo, algo que sucedió muy temprano fue el cambio de énfasis del «significado H» a la «información», de la *construcción* del significado al *procesamiento* de la información. Estos dos temas son profundamente diferentes. El factor clave de este cambio fue la adopción de la computación como metáfora dominante y de la computabilidad como criterio imprescindible de un buen modelo teórico. La información es indiferente con respecto al significado. Desde el punto de vista computacional, la información comprende un mensaje que ya ha sido previamente codificado en el sistema. El significado se asigna a los mensajes con antelación. No es el resultado del proceso de computación ni tiene nada que ver con esta última salvo en el sentido arbitrario de asignación.

El procesamiento de la información inscribe los mensajes en una dirección determinada de la memoria o los toma de ella siguiendo las instrucciones de una unidad de control central, o los mantiene temporalmente en un almacén amortiguador, manipulándolos de formas prescritas: enumera, ordena, combina o compara la información previamente codificada. El sistema que hace todas estas cosas permanece ciego respecto al hecho de si lo que se almacena son sonetos de Shakespeare o cifras de una tabla de números aleatorios. Según la teoría clásica de la información, un mensaje es informativo si reduce el número de elecciones alternativas. Esto implica la existencia de un código de elecciones posibles establecidas. Las categorías de la posibilidad y los ejemplos concretos que comprenden se procesan de acuerdo con la «sintaxis» del sistema, es decir, en relación con sus posibles movimientos. De acuerdo con esta disposición, la información sólo puede tener algo que ver con el significado en el sentido de un diccionario: el de acceder a la información léxica almacenada siguiendo un sistema codificado de direcciones. Hay otras operaciones que guardan algún parecido con el significado, tales como permutar un conjunto de entradas

con el fin de contrastar los resultados con un criterio determinado, como sucede en el caso de los anagramas o en el juego del *Scrabble*. Pero el procesamiento de información no puede enfrentarse a nada que vaya más allá de las entradas precisas y arbitrarias que pueden entrar en relaciones específicas estrictamente gobernadas por un programa de operaciones elementales. Un sistema como éste no puede hacer nada frente a la vaguedad, la polisemia o las conexiones metafóricas y connotativas. Cuando parece que lo hace, es como un mono en el Museo Británico, dando con la solución del problema mediante la aplicación de un algoritmo demoledor o embarcándose en la aventura de aplicar un heurístico arriesgado. El procesamiento de información tiene necesidad de planificación previa y reglas precisas⁷. Excluye preguntas de formación tan anómala como éstas: «¿Cómo está organizado el mundo en la mente de un fundamentalista islámico?» o «¿En qué se diferencian el concepto del yo de la Grecia homérica y el del mundo postindustrial?». Y favorece, en cambio, preguntas de este tipo: «¿Cuál es la mejor estrategia para proporcionar información de control a un operador con el fin de asegurar que un vehículo se mantenga en una órbita predeterminada?». Más adelante tendremos más cosas que decir sobre el significado y los procesos que lo crean. Estos procesos están sorprendentemente alejados de lo que normalmente recibe el nombre de «procesamiento de información».

Dado que en el mundo postindustrial se estaba produciendo una Revolución Informativa, no es sorprendente que se produjese esa acentuación. La psicología y las ciencias sociales en general siempre han sido muy sensibles, muchas veces hipersensibles, a las necesidades de la sociedad que las acoge. Y siempre ha sido una especie de reflejo intelectual de la psicología académica redefinir al hombre y su mente a la luz de las nuevas necesidades sociales. Por tanto, no es sorprendente que, dadas estas condiciones, se haya producido un cambio de interés correlativo, que ha llevado de la mente y el significado a los ordenadores y la información. Porque, a principios de la década de 1950, los ordenadores y la teoría computacional se habían convertido en la metáfora matriz del procesamiento de la información. Dado un número de categorías de significado lo bastante bien formadas dentro de un dominio determinado como para ser la base de un código de operación, un ordenador adecuadamente programado habría de ser capaz de hacer